

cilla, como se ha dicho, sin digresiones políticas, ni ese adorno literario, que las mas veces ofusca la verdad, en esta clase de escritos, las personas que los lean no sugetarán sus comentarios ni su fantasía á las elucubraciones soñadoras del autor, sino que conocerán de una manera real los lugares descritos y entrarán en pleno conocimiento de las costumbres.

Por lo mismo, si las personas que se dignaren leer estos viajes, hallaren en ellos algun interes ó pasatiempo, de ello me felicitaré cordialmente; pero si así no fuere, les pido perdon por haberlos publicado.

México, Febrero 8 de 1882.

FELIPE S. GUTIERREZ.

IMPRESIONES DE VIAJE

CARTAS A MARIA

I.

INTRODUCCION.

MARIA QUERIDA.

Toluca, Setiembre 9 de 1862.

Ha llegado por fin el suspirado dia en que miro colmados mis deseos y realizadas mis ardientes ilusiones.

Llegó ya el momento, María querida, de que vencidos todos los obstáculos y allanadas las dificultades, pudiera realizar los dorados ensueños de mi vi-

da, verificando un viage artístico y filosófico por algunas ciudades del continente americano y de las mas notables de Europa.

Es cierto que el placer que experimento por conseguir mi objeto es inmenso, es grande porque en él cifro mi ventura y entreveo un porvenir de gloria y de felicidad; pero te debo confesar, que este goce infinito está mezclado de acíbar porque me atormentan á la vez las mas dolorosas emociones salver que me alejo, ¡tal vez para siempre! del privilegiado suelo donde ví la primera luz y mi infancia y mi juventud se deslizaron en medio de los mas puros placeres; porque abandono á las personas queridas que con su amistad y sus bondades han embellecido una tercera parte de mi existencia, haciéndome probar delicias sin cuento; porque al separarme de ellas, casi me abandona la esperanza de volverlas á ver, y si esto no se realiza, ¡ah! los años habrán impreso en sus frentes, su indeleble sello, y marchitado las flores de sus mejillas, lan-

zando alguna nieve sobre sus cabellos, ó la mano de la muerte arrebatado á algunas, lanzándolas en el oscuro antro de la insondable nada; porque la idea que me persuade de que en algunas de estas personas que me han colmado con sus bondades, veo á mi padre, mi madre y mis hermanos y, al separarme de ellos, creo que toda mi familia desaparece y quedo entregado al férreo yugo de gentes extrañas, sin una persona en el mundo que se duela de mi orfandad, porque lo único que quedaba... ¡mi malogrado hermano! descendió á la tumba con una existencia en flor, y que mas tarde habria sido el orgullo de su patria y hoy yace muerto en el silencio del sepulcro y me alejo de él... ¡Oh! todas estas sentidas emociones laceran mi alma y, en estos momentos deprimen el júbilo que yo experimentaba por ver realizados mis deseos, apoderándose de mí una tristeza desgarradora, que hinca su diente en lo mas sensible de mi corazón.

Experimento sensaciones diversas y

encontradas: deseo salir de estos lugares, y quedarme al mismo tiempo en ellos: ansio ver el mundo, y no quiero abandonar mi país natal y otros pueblos que cobija el mismo cielo: anhelo ver y tratar otras gentes, y no apetezco separarme un instante de las que me son amadas y hacen las delicias de mi alma.

¿Qué quiero, pues, que deseo?

No lo sé; no comprendo mi corazón.

Estas penosas emociones casi me hacen desistir de mis proyectos de viaje para no separarme de los objetos que amamanta mi cariño. Pero, ¿podría ser esto, cuando hace tantos años que alimento mis ilusiones por ver el mundo y cuando considero que los viajes instruyen y perfeccionan al hombre moral? No, esto no podría ser; sería destruir la perspectiva de mis ilusiones; sería anonadarme; sería meterme en esa vida uniforme y pasiva que enerva el alma y la hace incapaz de acciones generosas.

Desgraciada ó afortunadamente po-

see una alma ardiente à cuya ambicion el mundo es pequeño para satisfacerla y esto me infunde aliento para torturar mis sentimientos y para alejarme de los objetos que me son caros, ahogando su voz en lo profundo de mi corazón. Oigo tambien la tuya, María querida, y miro tu bello semblante bañado por las lágrimas..... Pero ¿qué quieres? Es preciso lanzarme al mundo y correr de peligro en peligro para conquistar un nombre y ofrecerlo à mis conciudadanos, à mis hermanos los de México.

Yo sé, María amada, que todos los hombres nacemos con una obligacion hácia la patria; estoy persuadido que debemos coadyuvar à la construccion del gran edificio social con nuestro grano de arena, y aunque mis talentos sean muy limitados, no obstante, debo emplear todos mis esfuerzos para colocar una hoja de laurel en las sienes de esa patria querida y aumentar su gloria y su renombre.

Antes de separarnos, te he ofrecido, amada María, hacer una descripcion,

lo mas minuciosa posible, de todo lo que vea en mis viages; transmitirte las impresiones de los objetos que se me presenten, por insignificantes que parezcan, ya sea por el lado ridículo, por el filosófico ó por el dramático; debo ser solamente fiel y exacto en su trasmision, sin evocar recuerdos históricos sobre los monumentos, las ciudades y las personas; sino solo cuando absolutamente venga al caso; pues mi principal objeto es que veas con la imaginacion lo que yo veo con los ojos en la actualidad, sin hacer alarde de erudito ni de profundo observador; pues tendria que desviarme de mi objeto, que es el estudio de las Bellas Artes, para las que apenas tengo tiempo, tanto mas cuanto que solamente escribo para tí y de ninguna manera para el público.

Con que, sobre lo dicho, debo comenzar mis tareas, haciéndote partícipe de mis primeras impresiones:

Hacia cuatro dias que habia yo decidido partir definitivamente en la próxima Diligencia que llegase de Morelia y

todo lo arreglé con tal objeto; pero pasó este tiempo y aquella no llegaba á causa del pésimo temporal que hacia y lo pesado y fragoso de los caminos.

En cada hora, á cada momento, experimentaba los deseos mas encontrados: anhelaba porque la Diligencia llegara para ver coronados mis deseos y lanzarme, finalmente, á esos mundos de Dios para probar fortuna y adquirir elementos para mi perfeccion artística; y deseaba al mismo tiempo que no llegara, porque temia el fatal instante de separarme de mis numerosos amigos y mas aún, de mi adorable amiga Romancita Diaz y de la apreciable familia de D. Manuel Zúñiga; personas que me dispensaron su amistad por tantos años, que me concedieron mil favores y casi me han contado entre su familia....

Pero sonó la hora de dar el golpe á mis mas dulces afecciones.

El dia 8 de Setiembre, á las cinco de la tarde, llegó la Diligencia que me debia trasportar al otro dia para el Inte-

rior, y ya fué preciso apurar la copa hasta las heces.

Tomé mi boleto inmediatamente, antes que otra cosa sucediese, porque mi sensibilidad daba ya al traste con los deseos que siempre habia experimentado por viajar, y tuve que hacer inauditos esfuerzos para sobreponerme á todo lo que me era querido en este país, armándole de fortaleza para devorar mi infortunio.

A las nueve de la noche me despedí de las tres encantadoras Zúñigas y sus hermanos, y esas criaturas sublimes deshaogaron su ternura, derramando por mi separacion, abundantes lágrimas que conmovieron hondamente mi sensibilidad al extremo de derramarlas yo tambien y ahogárseme la voz en la garganta al formular mi despedida, que solo terminé ya pantomimicamente, estrechándonos entre los brazos y lanzándonos una última mirada llena de dolor...

Llegué á casa y ahí me esperaba otra escena semejante; tenia que despedirme de la familia del Sr. D. Ra-

mon Diaz á quien debí generosa hospitalidad por espacio de dos años, y un sinnúmero de favores; debia separarme forzosamente de un ángel, de Romancita, que dias antes solo al hablar de mi separacion, lloraba amargamente, manifestando en esto su profundo cariño, que en los años que llevaba de tratar á esta jóven, jamás habia desmentido, probándomelo de mil maneras; pues me veia como á su padre, escuchaba atenta mis consejos y hacia gustosa cuanto yo le prescribia, encaminado todo á labrar su felicidad y abriéndome siempre su noble y sencillo corazon.

Cuando trazo estas líneas, corren algunas lágrimas por mis mejillas al recordar, que hace cinco noches, víspera de mi salida, y cuando escribia una carta sentimental á las encantadoras Zúñigas, Romancita se hallaba profundamente abatida y apoyada de codos sobre la mesa, deshaogando su dolor en tiernos y lastimeros sollozos.

Contempla, querida María, ¿cómo estaria mi corazon, dolorido por mis pe-

nas y siendo testigo de un dolor tan sincero que me revelaba una alma poseída de una adhesión sin límites por mí! Tú conoces á esta criatura, como que es tu amiga, y por esto te persuadirás que no exagero sus nobles sentimientos y su esquisita sensibilidad.

A las once de la noche se entró á acostar esta niña querida, y solo Dios sabe como nos separamos el uno del otro, agotando las más tiernas y patéticas expresiones, con las que lamentábamos, que la distancia iba á poner entre nosotros sus temibles barreras, y desconfiando de la posibilidad de volvernos á ver.

Yo también me fuí á acostar á poco y no pude conciliar el sueño en el resto de la noche por las penosas emociones que se habían apoderado de mi alma en todo ese día, y me estuve en vela hasta que el criado me avisó que la Diligencia me esperaba.

¡Eran las tres de la mañana, momento cruel de mi separación!

En efecto, el coche estaba ya dis-

puesto y los compañeros de viaje iban llegando uno tras otro envueltos en sus capas y dándome los buenos días.

Las voces de los criados que arreglaban los equipages y uncian las mulas, sonaban argentinas y producian eco en la calle á causa de la soledad y el silencio que reinaba á esa hora: la luna estaba ya inclinada hácia el ocaso, y sus rayos alumbraban con languidez los objetos, dándoles un tinte misterioso y melancólico que estaba en armonía con el estado de mi alma.

Cuando todo estuvo dispuesto, daba el reloj de la torre del Carmen las tres y cuarto y el chasquido del látigo se unió á la última vibración, partiendo el coche rápido, cuyas ruedas crugian secamente sobre el empedrado de las calles de la ciudad.

Yo me acurruqué lo mejor que pude en mi asiento, y al ir pasando frente á algunas casas conocidas y por algunas calles notables, evocaba recuerdos de otros tiempos, y daba un triste adiós á esta ciudad amada, cuyos habitantes

me habían acogido tan generosamente por el espacio de catorce años, haciéndome gozar placeres infinitos con su amable sociedad.

Sonaron menos fuerte las ruedas del carruage y esto me anunció, que salíamos ya de la población. Efectivamente, desembocábamos á *Huichila* y se presentaban á nuestra izquierda los cerros *Toloché* y la *Terezona* como dos gigantes que, reposando, ceñían entre sus brazos á la ciudad dormida.

Yo me abismé más y más en mis meditaciones melancólicas, y aunque quería conciliar el sueño algunos momentos para adormecerlas, lo tumultuoso de mis ideas y los tumbos que daba el coche por la desigualdad del terreno no me lo permitían, y en esto transcurrieron dos horas, cuando ya el crepúsculo asomaba luminoso por el horizonte y la luna, con su débil reflejo, solo parecía una lámpara suspendida del firmamento.

Pongo término á esta carta, que ya se ha hecho larga, para hablarte en la

siguiente de las primeras impresiones que producen en mí los nuevos objetos que desarrollan á mi vista.

Consérvate buena y feliz, amada María, y no olvides al que de tí se acuerda todos los instantes. Adios.